

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXIX

San José, Costa Rica

1942

Sábado 20 de Junio

No. 12

Año XXIII — No. 940

Sumario:

| | | | |
|--|---|---|----------------------|
| Un recado de nuestro Stefan Zweig | Gabriela Mistral | El fundamento de la paz | Henry A. Wallace |
| Hitler almuerza | César Andrade y Cordero | Retrato de Winston Churchill | Julia García Games |
| Unas palabras en México | Carlos Jinesta | De Clemenceau a Churchill | José de Benito |
| Noticia de libros norteamericanos | | De la Vida y de la Muerte (IX) | Lorenzo Vives |
| Entrevista relámpago con Luis Alberto Sánchez .. | Armando Zegrí | Proyectando la paz futura | Luis Alberto Sánchez |
| Simbad | | Desastre administrativo del Gobierno de Honduras .. | Héctor Medina Planas |
| Poemas nuevos | Alicia Prado Sacasa y Clari- Lel Alegría | La voz monitora de Rodó | José R. Castro |
| | | Hilda Chen Apuy | Amalia de Sotela |

Un recado de nuestro Stefan Zweig

(De La Nación. Bs. Aires, 3. marzo, 1942.—Envío de Gris).

La dramática carta de Gabriela Mistral que más abajo publicamos revela detalles particulares, conmovedores y profundos sobre la muerte de Stefan Zweig, cerca de quien la gran poetisa chilena estuvo con tan devota frecuencia durante los últimos meses en la villa brasileña de Petrópolis. La belleza de estas palabras desgarradas hace de ellas la mejor despedida que una de las naturalezas poéticas más altas de América podía tributar a esta naturaleza caída.

Eduardo Mallea: van adjuntas unas letras de hace días, donde hallará usted un recado de nuestro Stefan Zweig. Yo no podía mandárselas hoy, 24 de febrero, sin añadirles unas palabras sobre el horrible día 23. Salí hacia Petrópolis a las once y media; mi bus ha debido pasar por la casa de nuestro amigo a mediodía; a esa hora él y su mujer agonizaban, allí, solos, sin que nadie supiese esa agonía. La criada tenía costumbre de que sus patronos durmiesen hasta las 10; no le extrañó mucho, al acercarse a la puerta hacia las 12, oír "la respiración del señor Zweig". Pero la pobre mujer solamente a las cuatro se decidió a abrir la puerta. Avisó a la policía; andaba tan trastornada que al recibir a un arquitecto francés que venía de visita, le contestó: "Sí, allí están; pero están muertos". La policía llamó al presidente del Pen Club, Dr. de Souza, a quien estaba dirigida la carta del maestro para sus amigos y que tal vez usted ya ha leído. El doctor fué a comunicar personalmente la tragedia al presidente—quien ordenó hacer las exequias por cuenta del Estado—y avisó a la prensa de Río. Nosotros supimos la desventura por un telefonazo de M. Dominique Braga, a las nueve de la noche. Yo estaba recogida y oía sin entender este diálogo: "No puedo oírle, señor Braga; hable usted más alto. El teléfono está mal. No le oigo todavía. No le puedo oír". Y después: "¡Qué cosa tan horrible!" Y el llanto no dejaba hablar a Connie, lo mismo que a M. Braga. Creí que se tratase de un accidente de auto y busqué entre mis amigos de Petrópolis. A cualquiera hallaba menos a ellos. Porque hacían la vida más quieta del mundo, y la más dulce en la apariencia y la más linda de ver. Tenía tanto miedo de saber, amigo mío, tanto temor, que no quería preguntar. Connie subió llorando como un niño. Aquí los tres teníamos, más que el cariño, la ternura de ese hombre llano como una criatura, tierno en la amistad como no sé decirlo, y realmente adorable. Usted sabe con cuánta frecuencia nos veíamos, ¡ay! con menos de la necesaria para haber sabido el secreto de ellos y haberlos ayudado, si dable era ayudarles. ¡Dios mío!

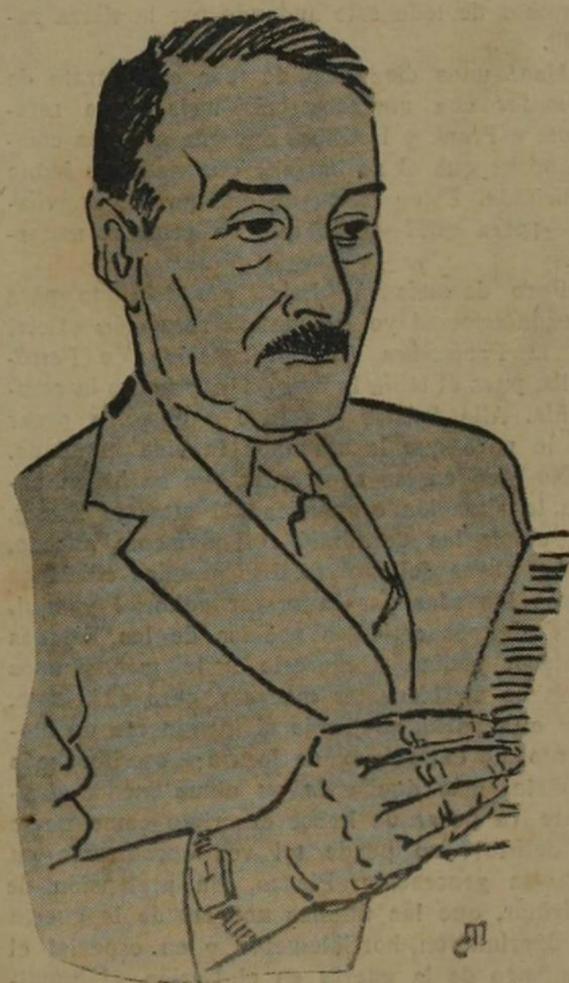
Salimos hacia Petrópolis con una sensación

de sonámbulos que hacen cosas absurdas: *saberles* muertos, no era posible para nosotros, y muertos por suicidio, menos. La pequeña casa de columnetas, a media colina, a cuya puerta nos esperaba siempre, subiendo lentamente las escaleras, estaba guardada por la policía. Arriba hallamos al doctor de Souza y a su buena mujer, al Presidente de la Academia de Petrópolis, a un grupo de hebreos, al editor brasileño de Zweig y a los consabidos corresponsales de la prensa nacional y extranjera. Nosotros seguíamos hablando y oyéndolo todo como sonámbulos.

Al fin entré en el dormitorio y estuve allí no sé cuánto tiempo sin levantar la cabeza. Yo no podía o no quería ver. En dos pequeños lechos juntos estaba el maestro, con su hermosa cabeza solamente alterada por la palidez. La muerte violenta, no le dejó violencia alguna. Dormía sin su eterna sonrisa, pero con una dulzura grande y una serenidad mayor todavía. Parece que él murió antes que ella. Su mujer, que había visto ese acabamiento, le retenía la cabeza con el brazo derecho, y toda su cara estaba echada sobre la suya. Al ser separada de su cuerpo, ella quedó con brazo y mano torcidos y rígidos, y habrá que desgobernar el pobrecito cuerpo al ponerla en el ataúd. El rostro de ella estaba muy parecido. No habrá nada que me disuelva esta visión.

Tenía él 61 años; ella, 33. El decía siempre: "En años, soy más que su padre". Ella supo irse con él, dejando detrás la vida entera. La miré mucho rato en el ademán y en el prodigioso enflaquecimiento del veneno o de la angustia de la última hora: la de verlo muerto a su lado. Mantengo todo mi concepto cristiano sobre el suicidio, amigo mío, pero creo que él no me prohíbe sentir este desgarramiento por el amor de esa mujer hacia un hombre viejo a quien quiso de pasión y de amistad, y de hermandad racial. Lo cuidaba con un celo tal, que no estaba lejos de él diez minutos: del aire frío, del mucho escribir, del mucho andar—que era su vicio único—, del desaliento: de todo lo guardaba. En mi país yo hubiese rogado que los sepultasen juntos, como a los Berthelot. Zweig dormía sin sueños, aliviado para siempre del tiempo y el mundo vergonzosos que fueron la ración de su vejez.

Mi asombro y el de cuantos le tratamos aquí es inmenso. Hoy sólo puedo contarle nuestro penúltimo encuentro. Nos invitó a almorzar, añadiendo a nosotros tres a Da. Hortensia Río Branco, que estaba en casa. Lo encontré un poco desmejorado, pero en un ánimo más alegre que otras veces. Le di la noticia de la ve-



Stefan Zweig

nida de Waldo Frank, anunciada en la carta suya, y le participé mi proposición de que el amigo viniese a casa, a Petrópolis, para escapar del calor. Entonces ambos me dijeron que compartiríamos a Frank, quien podía pasar días con ellos, días conmigo. Así lo convinimos.

Contó riendo que él había dispuesto un almuerzo austriaco, desde la sopa hasta el postre. Y él lo sirvió, con su linda manera, que nunca se sabía si era de uno muy viejo o muy niño. Habló un poco de Bélgica con Da. Hortensia, residente de media vida en ese país.

Luego salimos hacia la terraza, donde él gustaba de trabajar, pero me detuvo al pasar por su escritorio para leerme una preciosa carta de Martín du Gard, el novelista. Leía y repetía frases y frases, haciéndome sentir el perfecto, el hermoso estado de espíritu de esa otra alma en prueba. Salimos a la terraza hablando de las gentes que están viviendo su tragedia sin la pérdida de una pizca de decoro y de elegancia en la conducta. Entonces me dijo, mirándome de un modo particular y recalcándome las palabras: "Habría que decir lo peligroso que es en América comenzar una persecución de los alemanes; sé que hay al-